

SOBRE LA PREHISTORIA DE RENTERIA

FRAN ZUMALABE MAKIRRIAIN

Las cuevas de Landarbaso, conocidas comúnmente como «Cuevas», se hallan en el monte Aitzbitarte. Las grutas están enclavadas sobre la ladera Oeste del monte, en el barranco excavado en su fondo por la regata de Landarbaso.

Distancia nueve kilómetros de Rentería. Desde esta localidad se accede a ellas con facilidad. Para ello, tomamos la carretera a Perurena (Ventas de Astigarraga) pasando por el caserío Arramendi y la cuesta Isatze hasta llegar al barrio de Zamalbide. Aprovechando el paseo podemos subir hacia Txoritokieta y allí admirar el dolmen, único en Rentería, de Aitzetako Txabala y el monolito (menhir) de Txoritokieta y, de allí, bajar a Perurena. Seguimos el camino en dirección a Urdaburu pasando por los caseríos de Frantxillaga, Otsazulueta y el monolito (menhir) de Langagorri, llegando al parque de Listorreta, en dirección a Susperregui. Antes de empezar a subir la cuesta hacia este último caserío, tomamos el camino que, a la derecha, desciende hasta la central eléctrica. Una vez allí, tomamos el sendero que asciende a la izquierda aproximadamente 100 metros hasta hallarnos frente a las cuevas. Cruzamos la regata y tomamos el senderillo que llega hasta ellas. En este lugar se abren las bocas de numerosas cavernas, de las que sólo cuatro tienen interés prehistórico. Son las denominadas Aitzbitarte II, III, IV y V.

La más baja de éstas, Aitzbitarte II, recientemente ha sido tapiada para evitar su deterioro. Un poco más arriba se abre la amplia boca de Aitzbitarte III, que este año (1985), va a ser objeto de excavaciones arqueológicas por la Sociedad de Ciencias Aranzadi, de San Sebastián, bajo la dirección del Dr. J. Altuna. Por ello, su boca ha sido también cerrada mediante una verja metálica, a fin de proteger el yacimiento de las acciones de desaprensivos. A escasos metros, sobre esta cueva se halla la entrada, también muy amplia, de Aitzbitarte IV, siendo ésta la cavidad mayor del conjunto. Raro será el renteriano que no haya entrado en su interior o no haya permanecido en su vestíbulo. Está la cueva a veinte metros sobre la regata y desde ella se domina y se ve el fondo del valle a la izquierda y a la derecha el monte Urgull y el mar. Finalmente, podemos subir a Aitzbitarte V, de reducidas dimensiones.

En torno a estos antros existen diversas leyendas recogidas por don José Miguel de Barandiarán. Según una de ellas, habría una arqueta de oro enterrada casi a flor de tierra, hasta el punto de que las ovejas al pasar pueden tocarla con sus patas.

Otro mito refiere que en estas cuevas moraban los gentiles, que cazaban por la noche y durante el día las usaban como refugio, por lo que nunca eran vistos por los habitantes de los contornos.

Cuentan también que estas cuevas llegan hasta la cocina del caserío Arandan, de Oiartzun. Así, cierto día se metió un corzo y sacó sus cuernas en la cocina del caserío.

En otras ocasiones, los animales aparecen en Navarra o en la cocina del caserío Aitzbitarte. Otra versión relatada por E. Bozas Urrutia se refiere a la cocina del caserío Baringarate-Bekoa como lugar donde aparecen estos animales.

Haciendo un poco de historia, el documento escrito más antiguo que se tiene de estas cuevas data del año 1785. Es una petición de la Real Academia de la Historia de Madrid, titulada «Descripción de la Villa de Rentería», escrita por don J. M. Salaberria.

En ella se da en primer lugar la localización y descripción de las cavernas. A continuación viene un párrafo que transcribimos por su interés anecdótico: «...«Pueden dentro de esta cueva (Aitzbitarte IV) haber cómodamente diez mil hombres y defenderlos veinte contra un ejército de cien mil con sólo tres cañones, colocando dos a distancia de veinte codos desde la nombrada espaciosa estancia, donde se estrecha el tránsito de aquella y el otro en el primer apartamiento arriba expresado cuya entrada es también angosta (Aitzbitarte III)».

Un siglo después, en 1892, y tras haber conocido este escrito don Modesto del Valle Inzaga, Conde de Lersundi, comenzó las primeras excavaciones con intención de estudiar los restos prehistóricos. Fueron dos obreros, contratados por él, los que a base de pico y pala se encargaron de sacar utensilios de hueso, sílex y asta sin un método científico.

De 1896 a 1902, Pedro Manuel de Soraluze, Gonzalo de Repáraz y Rotondo Nicolau practicaron diversas excavaciones en las cuevas.

El paleontólogo francés Edouard Harlé (1908), después de visitar las cuevas se encargó de estudiar el material óseo obtenido por los anteriores investigadores. Publicó sus notas sobre Aitzbitarte en el «Bulletin de la Société Géologique de France», en 1908, y en «L'Anthropologie», en 1908. A partir de esta fecha comenzaron a llegar a Rentería prehistoriadores como Hugo Obermayer, Telesforo de Aranzadi, Jean Bouyssonie y Henri Breuil, atraídos por los importantes hallazgos arqueológicos. Estas personalidades intentaron efectuar un reconocimiento científico de las cuevas, avalado por prestigiosas instituciones, entre ellas, el Instituto de Paleontología Humana de París. Pero como explica don Jesús Elósegui: «Triste es tener que confesar que obscuras maniobras oficiales echaron por tierra el proyecto, con gran menoscabo de la ciencia prehistórica» (Rev. «Ikuska», 1947).

En 1917, H. Breuil descubrió en una visita a Aitzbitarte IV una placa de piedra con un grabado representando una cabeza de ciervo y dos hachas de sílex de tipo Musteriense.

De 1960 a 1964 comienza la etapa más interesante en las investigaciones arqueológicas de Guipúzcoa. El Seminario de Arqueología del grupo Aranzadi, encargaba a don J. M. Barandiarán las primeras excavaciones metódicas en Aitzbitarte, intentando así, acabar con la depredación y destrucción de los pocos restos que quedaban intactos en la cueva y no habían sido maltratados por los visitantes.

Estos investigadores en un principio se hospedaron en Zamalbide distante de Aitzbitarte hora y media de camino; posteriormente en el caserío Astabiskar, situado a medio kilómetro de esta cueva.

Al excavar, se pudo comprobar que en gran parte del yacimiento, el material arqueológico de las capas superiores había desaparecido al ser barrido por los baserritarras de los contornos y utilizado para abonar las tierras de cultivo.

Don J. M. Barandiarán escoge la cueva de Aitzbitarte IV como objeto de sus excavaciones. Estas se llevaron a cabo de modo riguroso y con método científico. Se comprobó así, que la parte superficial del yacimiento se hallaba destruida y revuelta. Sin embargo, bajo ella comenzaron a aparecer niveles con abundantes materiales arqueológicos, correspondientes a los diversos momentos en que el hombre prehistórico habitó la cueva.

El nivel superior, hasta los cuarenta centímetros de profundidad, correspondía al Epipaleolítico o época inmediatamente posterior al Paleolítico. Se encontraron aquí numerosos utensilios como raspadores, buriles, puntas, etc...

Bajo esta capa y hasta un metro de profundidad aparecieron restos de la cultura Magdaleniense, de unos doce mil años de antigüedad, destacando los magníficos utensilios fabricados en hueso, algunos de ellos decorados (azagayas, arpones, etc...).

Por fin, en la base del yacimiento, entre uno y dos metros de profundidad, se encontraron vestigios de la cultura Solutrense, unos milenios más antigua que la anterior.

Aitzbitarte, es en suma, el primer yacimiento Paleolítico descubierto en el País Vasco y, además, uno de los más ricos. Por esta doble razón, los renterianos podemos sentirnos orgullosos de que tan extraordinario yacimiento se localice dentro de nuestro término municipal. Nos ha llegado a través de muchos milenios.

Es intolerable que no se respeten obras concebidas con el fin de protegerlo, como ha ocurrido con la verja de Aitzbitarte III colocada por la Sociedad de Ciencias Aranzadi como primer paso ante su próxima excavación, que ha sido destrozada repetidamente por gente sin escrúpulos.

Intentemos mantener limpias las cuevas y el medio que las rodea, evitando el triste espectáculo que nos ofrecen los plásticos, pilas, latas y todo tipo de desperdicios acumulados cada fin de semana.

De nosotros y de las instituciones, tanto municipales como provinciales, depende su conservación cara al futuro.